

EDUARDO HALFON
EL EQUILIBRISTA

(© Eduardo Halfon 2024 / Europa-Universität Flensburg)

Siggi sabe que morirá.

Lo mira de pie en la orilla del río, rodeado de gente, y sabe que morirá. Apenas tiene nueve años, Siggi, y nunca ha visto a un hombre morir. Pero tampoco ha visto nunca a hombre vestido así: camisola de seda blanca, pantalones negros y demasiado cortos (de las rodillas cuelga un flequillo de hilos dorados), medias color rojo sangre, una faja del mismo color rojo sangre atada alrededor de la cintura, zapatillas negras, capa negra y pesada de terciopelo. Su rostro es casi el de un payaso, o al menos eso piensa Siggi al descubrir que tiene las mejillas blanqueadas con talcos, los labios pintados de rojo, el pelo como engominado con algún tinte negro. La gente a su alrededor le habla y le hace preguntas y él les sonríe y les responde con calma mientras sostiene una vara larga y delgada; además de payaso, piensa Siggi, también parece un pastor frente a su rebaño. Pero Siggi no logra escucharlo bien. Ha llovido toda la noche anterior sobre Fráncfort y ahora el río Meno fluye más fuerte y recio que de costumbre. Quiere acercarse al famoso equilibrista. Quiere oírlo hablar. Pero Heinz, su hermano mayor (medio hermano, en realidad, catorce años mayor), antes de marcharse a saludar a unos conocidos en el extremo opuesto de la plaza, le había advertido que no se moviera de ahí, que volvería enseguida, que sería fácil perderse entre tanta gente y caerse al río. Y es que hoy el río está demasiado peligroso, le ha advertido su hermano, quien sabe que Siggi siente una especie de pánico o fobia cuando se acerca demasiado al agua, probablemente porque aún no sabe nadar.

Entonces, tras soltar un suspiro, Siggi decide cerrar los ojos. Eso, apartarse del mundo y soñarlo o más bien imaginarlo, es algo que de alguna manera ha aprendido de su padre. Prefiere imaginar el cielo de la tarde cargado y grisáceo; imaginar la brisa tibia que vaticina más lluvia; imaginar los tranvías que circulan por la calle; imaginar a los policías y a los soldados uniformados de negro y a los vendedores de golosinas y

cigarrillos que deambulan entre el público; imaginar a los cuatro músicos en sus sillas de metal en medio de la plaza, todos vestidos con saco negro y corbatín y afinando ya sus violines; imaginar el cable de acero tendido sobre el río esperando tan solo que el gran equilibrista Schumann intente caminar sobre él; incluso imaginarse a sí mismo en la orilla del Meno, con el gorro de felpa demasiado grande que ha logrado conseguirle su padre, y con las botas viejas y agujereadas que habían sido de su tío y luego de su primo, y con el abrigo de lana puesto del revés, con el forro hacia fuera.

Siggi sabe que le está prohibido ir más al colegio, jugar en los parques, tener una mascota en casa, sentarse adelante en el tranvía, entrar a un teatro o al cinema o a una biblioteca. También sabe que está prohibido que él se encuentre hoy ahí, en medio de esa plaza a la orilla del río Meno, en un evento público. Pero esa tarde, al nomás salir de la casa en Ostendstraße, su hermano le había dicho que no se preocupara, que no les pasaría nada: los dos tienen el cabello rubio y las facciones suaves y los ojos celestes y nadie en la plaza se fijará en ellos. Sólo hubo que darle vuelta al abrigo de Siggi para así esconder la nueva estrella amarilla que su madre le ha cosido sobre el corazón.

*

Diez *pfennig*. Eso ha costado la nueva estrella amarilla, diez *pfennigs*, le sigue reclamando su madre Jenni, mientras la cose en el único abrigo de Siggi, sentada ante él en la pequeña mesa de la cocina. Y Siggi sabe que, cuando ella está así, lo mejor es guardar silencio y dejarla hablar. En otra silla, su padre, Moshe, absorto y con los ojos medio cerrados y siempre vestido con su traje negro ortodoxo de la *Israelitische Religionsgesellschaft*, la Sociedad Religiosa Israelita, tiene un cigarrillo en la mano y un libro abierto sobre la mesa y reza en susurros mientras recita el pasaje diario de la Torá, algo que solía hacer cada mañana en la sinagoga de Börneplatz; aunque desde hace unos años, tras la destrucción de la sinagoga y también de su sastrería durante los ataques y linchamientos de *Kristallnacht*, se pasa la mayor parte del día fumando y leyendo la Torá ahí mismo, en la pequeña mesa de la cocina. Frente a él, Herr Blumenthal ojea un periódico viejo. Herr Weiss también está sentado con ellos y bebe la mezcla insufriblemente rala de café y achicoria; su

esposa ya casi nunca sale de la cama. El doctor Lerner, como siempre, se ha marchado muy temprano en la madrugada. El joven Zalman también ha bajado temprano de su habitación y, tras terminarse un café de achicoria en dos grandes tragos y decirle a la madre de Siggie que tampoco ha visto a Heinz por ningún lado, ha salido deprisa a la calle. Heinz, quien le ha prometido a Siggie llevarlo a escondidas el sábado a ver al famoso equilibrista Schumann cruzar una cuerda floja sobre el río Meno, a veces llega tarde en la noche y duerme en una silla de la cocina o echado en el suelo; pero nadie lo ha visto en varios días.

Los pasos de los demás van y vienen por encima de ellos. Son once habitantes en total en la casa número 18 de Ostendstraße.

Judenhaus, le dicen. Casa de judíos.

Siggie le da otro sorbo corto a su café de achicoria –ha aprendido a dar sorbos cortos, a tomárselo muy despacio, para que le dure toda la mañana–, observando en silencio cómo su madre cose la estrella amarilla recién comprada. Todavía retiene él en alguna parte, aunque ya no distingue ni le importa distinguir si en alguna parte de sus recuerdos o acaso de su imaginación (todo, desde hace tiempo, es como un ensueño), la efigie de ella sentada en un sillón de la sala y cosiendo en su abrigo de lana la primera estrella amarilla, meses atrás, en la casa de Mainstraße, cerca de Börneplatz. Una casa antigua y mucho más amplia y que en la memoria de Siggie olerá siempre a cerveza, debido a la fábrica de cerveza ubicada en la esquina. Pero luego llegaron los soldados de las SS y les ordenaron empacar una sola maleta y se los llevaron en un camión a esta otra casa mucho más pequeña y casi derruida.

Su madre continúa cosiendo con la mirada hacia abajo, continuándole a Siggie que no entiende cómo pudo haber perdido la estrella amarilla, que le parece imposible que se le haya caído en la calle, así nomás, sin él darse cuenta. Siggie sostiene su tazón de café de achicoria con ambas manos, como para que ninguno de los tantos habitantes de la casa de Ostendstraße se lo pueda quitar. Su madre entonces se detiene y alza la mirada hacia él, esperando una respuesta. Pero Siggie no dice nada. Sabe que es mejor no decir nada antes que admitirle a su madre que necesitaba deshacerse de la estrella amarilla previo a salir ese sábado por la tarde con Heinz, a mirar al famoso equilibrista cruzar el río Meno, y que

se la había dado a un niño del barrio a cambio de medio bollo de pan dulce.

*

Los músicos empiezan a tocar una pieza.

Siggi abre los ojos como despertándose de un sueño y ve que el equilibrista ya se ha quitado la capa de terciopelo negro y está caminando despacio por la plaza hacia una plataforma de madera que han colocado en la orilla del río. Ahora, más que un payaso o un pastor, parece un personaje bíblico, se le ocurre a Siggi, mirándolo avanzar por la plaza con la vara larga en las manos mientras el mar de gente se va abriendo ante él.

Ha arreciado el viento. Caen las primeras gotas de lluvia de la tarde.

Siggi observa cómo el equilibrista sube los cuatro o cinco peldaños, siempre despacio, como para alargar el momento, o como queriendo subir al ritmo de la música de cuerdas (una pieza de Wagner, creará recordar luego, cuando ya todo haya pasado), hasta que llega a la superficie de la plataforma y se da media vuelta y saluda al público con una mano en el aire. El público, correcto, quizás algo excitado, lo saluda de vuelta con un aplauso.

De todos los que están ahí, sin embargo, Siggi es el único que sabe que el equilibrista no está saludando, sino despidiéndose.

*

El público apura a acercarse, a ubicarse mejor. Pero ahora a Siggi le resulta difícil ver bien desde donde está parado en la plaza y empieza a meterse entre la gente, a abrirse paso entre tantos cuerpos mientras recibe insultos y empujones y codazos. Siggi no lo sabe, o al menos no se ha percatado de ello, pero por ahora ha olvidado el pánico que le causa el agua (ya en ningún momento piensa en la advertencia de su hermano), y se acerca al río con desenfado. Cuando finalmente llega a la orilla y logra dirigir la mirada hacia la plataforma de madera, descubre que el equilibrista está de espaldas al público, cabizbajo, con la vara sujeta en ambas manos y estirada hacia los lados. A Siggi le parece ver que se

mueven sus labios, quizás balbucea algo, aunque está algo lejos y no podría asegurarlo.

De pronto, como siguiendo un guion, la música se detiene y el público deja de murmurar y se hace un silencio profundo. Un silencio, piensa Siggie (o pensará Siggie mucho después), marcado por el miedo.

*

Apenas hay ruidos. El silbido del viento. El goteo esporádico de la lluvia. Los motores de los autos y las campanas de los tranvías atrás en la calle. El fluir del agua oscura y espumosa. El chirrido de la cuerda de acero meciéndose como un columpio en el aire. Siggie no puede dejar de mirar esa cuerda hamaqueándose justo encima del río, y no entiende cómo un hombre puede atreverse a caminar por ella, especialmente hoy. Nota que el equilibrista sigue con la cabeza inclinada hacia abajo, quieto sobre la plataforma, acaso esperando a que el viento amaine un poco. ¿O estará rezando, se pregunta Siggie, como reza su padre? ¿Necesitará rezar un equilibrista?

*

Siggie cree ver desde lejos una gota negra que se desliza lentamente por la mejilla blanqueada con talcos (una lágrima negra, insistirá luego), y se le ocurre gritarle al equilibrista que no llore, que no está obligado a caminar por esa cuerda de acero, que el viento hoy está demasiado fuerte y que aún podría arrepentirse. Pero después se le ocurre que él, Siggie, ha venido a eso. No a admirar las destrezas de un hombre sobre la cuerda floja. Ni tampoco a observar a un hombre caminar sobre esa cuerda, de orilla a orilla de un río. Ha venido, Siggie lo sabe, a ver a un hombre morir.

*

El equilibrista por fin levanta la cabeza. Aspira una bocanada de aire helado y mueve el pie derecho hacia delante hasta colocar la zapatilla negra al inicio de la cuerda de acero, en lo que Siggie sabe será el primero de los últimos pasos de su vida. El equilibrista luego desafía al viento y

desafía al destino y coloca la zapatilla negra de su pie izquierdo en la cuerda de acero, justo detrás de la otra, y la cuerda de acero recibe todo el peso del equilibrista y empieza a mecerse aún más fuerte sobre el río. El equilibrista avanza unos cuantos pasos, tal vez dos o tres, según Sigg, con la vara ya temblando un poco en sus manos, antes de que una repentina ráfaga de viento lo obligue a detenerse sobre la cuerda de acero unos segundos, no muchos, aunque suficientes para que el público suelte un solo suspiro colectivo. El viento de pronto disminuye un poco y el equilibrista parece que está a punto de dar otro paso, pero en vez sólo extiende el pie derecho hacia un lado, buscando recuperar el equilibrio, o buscando ahí con el pie derecho, desesperadamente, algún escalón que no existe. Y Sigg, al reconocer esa desesperación en la zapatilla negra que sigue flotando en el aire, en el semblante ahora blanqueado de espanto, en la postura ya algo errática y contorsionada del equilibrista, siente cómo el calor empieza a apoderarse de su cuerpo (un calor oscuro, dirá después, al recordarlo). Entonces, sin saber por qué, decide que ya no quiere o ya no puede ver más y vuelve a cerrar los ojos al igual que lo hace su padre mientras está rezando en la mesa de la cocina, y así, con la velocidad y contundencia de una corriente eléctrica, se imagina sentado en el regazo de su madre dentro del tren que la noche del 19 de abril del 43, la primera noche de Pésaj, la noche en que su madre estará cumpliendo cuarenta y tres años, los alejará para siempre de Fráncfort. Y se imagina bajándose de ese tren dos días después en el andén de Auschwitz y mirando una montaña de maletas y abrigos abandonados y también mirando a su padre bajándose de otro vagón con el pelo ya completamente blanco y vestido de negro y aún rezando y diciendo que Dios es grande, que Dios los protegerá, y entonces Sigg correrá hacia él para reprocharle que ha olvidado felicitar a su madre por su cumpleaños, pero de súbito sentirá la mano de su madre en la espalda, o más bien sentirá las uñas de su madre en la espalda, llevándose con ella a la fuerza y salvándolo así de morir con su padre. Y se imagina conociendo por primera vez el cuerpo desnudo de su madre y aferrándose a ese cuerpo desnudo y flácido bajo una ducha de agua fría y luego escapándose ambos del gas y de las llamas del crematorio porque esa misma noche, la noche de su llegada, uno de los tres hornos de Auschwitz no está funcionando. Y se imagina a la señora de rostro amable que al día siguiente le irá clavando tres agujas en su

pequeño brazo, así, repetidamente, murmurándole para calmarlo que el suyo sin duda será el número más bonito del campo. Y se imagina bien escondido todos los días, desde la mañana hasta entrada la noche, en la última litera del piso de arriba de la barraca, mientras su madre y las demás mujeres salen al conteo diario y luego se marchan a trabajar. Y se imagina a su madre ya cadavérica y enferma de tifus y diciéndole *mein lieber Siggie* por última vez antes de perder el conocimiento a causa de la fiebre y recibir una inyección de aire de una de las mujeres de la barraca llamada Frau Fanny, una última inyección de gracia para que no sufra más, dos meses y diez días después de haber llegado al campo. Y se imagina a Frau Fanny con la jeringa de vidrio aún en la mano y susurrándole el kádish en el oído, una palabra a la vez, como si cada palabra fuese una palabra prohibida, y él repitiendo así, palabra por palabra, mecánicamente y sin jamás llegar a llorar, el rezo de los muertos por su madre. Y se imagina a sí mismo ahora huérfano y ya solo en el campo y ya solo en el mundo y también enfermo de tifus y siendo transportado sobre una camilla a un bloque donde sólo habrá gemelos, decenas de gemelos, y donde lo curará el mismo doctor Mengele con la ayuda de dos enfermeras, untándole por el cuerpo entero una misteriosa pomada negra que más parecerá grasa de camión. Y se imagina durante días o tal vez meses robándoles a los más débiles (musulmanes, les dirán) y despojando a los ya muertos y a los ya casi muertos, para así lograr sobrevivir. Y se imagina que al final de esos días o meses será evacuado de Auschwitz y hará una marcha con los demás prisioneros, una marcha eterna e infernal por bosques y montañas nevadas, sin comida ni agua ni abrigo alguno, y llegará medio moribundo y tambaleándose al campo de Mauthausen, en el sur de Austria. Y se imagina que esa primera noche, tumbado sobre el lodo y la nieve a la entrada de Mauthausen, conocerá a un preso español llamado Saturnino, un carabinero republicano y futbolista profesional que lleva tres años ahí encerrado, quien lo alimentará y cuidará y acompañará en todo momento hasta la culminación de la guerra y la liberación del campo, un día antes de su undécimo cumpleaños, y quien luego lo tomará de la mano y lo sacará de Mauthausen y caminará con él a través de praderas y campos de alfalfa y aldeas en ruinas y unos cuantos ríos y unas cuantas fronteras hasta finalmente llegar juntos a su pueblo de España

donde le cambiará el nombre a Luis y lo amará durante el resto de su vida como un padre ama a un hijo.